



**SS**

SERVICIO  
SECRETO

DONALD CURTIS

**MORIR ES  
COMPLICADO**

—Su salud es a prueba de bomba, mi querido amigo —rió jovialmente Cameron Price, terminando el examen—. Puede seguir tranquilo, sin necesidad de recurrir a mí.

—Lo suponía, doctor Price. —Paul Garland se abotonó la camisa, incorporándose de la mesa donde había sido examinado cuidadosamente—. Pero Lori es aprensiva. Ya sabe cómo son las mujeres, especialmente cuando tienen demasiado dinero. Le asustan a uno, por una simple jaqueca o un resfriado.

—Sí, lo comprendo. —El médico rió, agitando una mano en forma significativa—. Yo tengo muchos clientes de ese estilo, Garland. La mayoría prefieren que les diga que padecen algo, de nombre interesante, a poder ser, y les mande unos comprimidos, para presumir de dolencias en sus reuniones. Así es el mundo.

## Prólogo

### ANTES DE MORIR

Hacía mucho calor. Demasiado calor...

El sudor corría por su piel bronceada, tan copioso que llegaba a humedecer con menudas gotitas el papel arrumbado junto a la máquina de escribir.

Se enjugó la transpiración con el pañuelo, ya húmedo. Sabía que era igual. Un minuto después, volvería a sudar lo mismo.

Tomó el paquete de cigarrillos. Iba a coger uno, cuando recordó las palabras del doctor Price: «No, no debe usted fumar demasiado. Eso hará precipitar las cosas».

Se encogió de hombros con una mueca. ¿Qué más daba ya eso? Volvió a clavar los ojos en la última hilera de texto escrito por la máquina sobre el papel que aún descansaba sobre el rodillo.

*«Espero disponer del tiempo preciso para referirlo todo. No sé si será posible. Pero estoy intentándolo. Con todas mis fuerzas».*

Volvía a sudar. Se secó las manos en el pantalón, ensuciando el blanco tejido. Miró hacia el tabaco de nuevo. Tenía que fumar. Sentía la necesidad imperiosa de hacerlo. De algún modo había que calmar los nervios. El hornillo es-

taba apagado, y no quedaba café en el pote. Tampoco tenía tiempo de hacerlo.

Tomó un cigarrillo. Lo encendió febrilmente. Estaba escuchando, con el oído atento. Nada. Ni un ruido. Ni una voz, ni un rumor. Aquel mismo silencio de antes. En alguna parte, chilló un animal cualquiera. Se agitaron algunas ramas y hojas de la espesura, fuera de la tienda de lona.

Respiró con fuerza. Exhaló humo. Un humo que le supo a gloria. Tal vez porque sería el último. O uno de los últimos.

El chirrido se repitió allá afuera, al margen de la frontera de luz que marcaba la lámpara apoyada sobre la mesa, en la zona de sombras del exterior. En la distancia, otro animal replicó. La espesura entera parecía viva, animada, a pesar del silencio sombrío de la noche.

Volvió su atención a la máquina de escribir. Le tamborileaban las sienes, y su fiebre iba en aumento. Sentía el ardor de la piel, desde la punta de sus dedos hasta la raíz de los cabellos.

Entornó los párpados, suspirando. Se peinó hacia atrás el revuelto cabello, con los dedos. Luego, continuó tecleando. Machacó las letras de la máquina con rapidez casi angustiada.

Sobre el papel, fueron trazándose líneas de palabras:

*«Mi historia es tan increíble, doctor Price, que dudo pueda llegar a creerla nadie. Sin embargo, usted es médico, usted es un hombre de ciencia y un investigador por naturaleza. Sé que me comprenderá. ¡Tiene que comprenderme! Y aunque ésta extensa carta, cuando llegue a sus manos, no servirá de gran cosa para salvar mi vida, que ya se habrá extinguido por completo, quiero, al menos, que pueda utilizar-*

*se para prevenir otras muertes. Para que otros hombres no lleguen a ser asesinados como lo he sido yo.*

*»Sí, usted sabe eso. Lo recuerda, ¿verdad? Fue la primera persona que lo advirtió. Entonces no podía creerlo. Aun ahora, resulta tan difícil de admitir... Pero estaba en lo cierto. Siempre lo estuvo, doctor Price.*

*»No tengo amigos. No tengo mucha gente en quien confiar. Y los que hay, me tomarían por loco. Solamente usted será capaz de darme crédito. De ponerse en guardia y advertir a otros. Avise al inspector Sawtell, dele a leer esta carta. Dígale que se ha cometido un crimen abominable y que yo soy la víctima. Yo, un hombre que jamás hice mal a nadie, que no ofendí ni perjudiqué a persona alguna. Yo, con cuya muerte nadie gana absolutamente nada en este mundo.*

*»Es el crimen más estúpido, cruel y feroz que jamás vi. También el más diabólico que pudo concebir una mente humana. Pero si mi asesino esperaba acabar antes conmigo, se llevó una decepción. A veces, morir no es tan fácil como otros creen.*

*»Ahora, doctor Price, ármese de paciencia y lea. Lea esta carta mía hasta el fin...».*

Dejó de teclear. Faltaba poco. Muy poco...

Miró su reloj de pulsera, sobre el brazo al que se adhería el vello, por el pegajoso sudor que le empapaba. La camisa de manga corta parecía salir de un baño.

—Dios mío —susurró—. Un poco más. Solamente un poco más.

Estiró la mano, tomando el resto de los papeles de la mesa. Estaban ya mecanografiados. Contó torpemente hasta veinte hojas. La primera comenzaba:

*«Empezó todo aquella mañana en que fui a verle, doctor Price...».*

Las letras bailotearon ante sus ojos irritados, llorosos. Parpadeó, agotado, sintiendo que la fiebre devoraba su cuerpo. Dobló las hojas. Luego, pudo garabatear con la pluma su firma al pie de la carta y de las cuartillas. Lo metió todo en un sobre.

Humedeció la goma, pegándolo con fuerza. Luego, sobre el papel, escribió con mano torpe:

*«Dr. CAMERON PRICE. —Harley Street—.  
St. Marylebone. —LONDRES».*

Y añadió, con caracteres grandes, muy legibles:

*«Para entregar a mí muerte. —Paul Garland».*

Se quedó erguido, soltando de sus dedos la pluma, que rodó sobre el tronco de árbol que le sirviera de mesa. Tambaleóse, cubierto de sudor, y osciló la lámpara al golpearla su codo.

Con un poderoso esfuerzo se rehízo en parte, avanzando unos pasos por la tienda de campaña, hacia la salida. Su sombra se proyectó, gigantesca, sobre los muros de lona.

No tuvo tiempo de llegar al umbral donde la tela se recogía a ambos lados, formando un pórtico triangular. Cayó sobre sus rodillas, con un jadeo de desesperada impotencia.

Luego, fue a estrellarse contra el suelo de bruces. Su rostro golpeó la tierra. En el exterior, gritaba el selvático animal, sin salir de su imperio de negruras. Parecía presentir el callado, solitario drama que tenía lugar en aquella tienda de campaña, erguida en mitad de la jungla.

Pero si era así, fue el único ser viviente en presentirlo.

La mente del que cayera se iba hundiendo también en tinieblas. Y su último recuerdo fue para el principio de aquella carta postrera:

«Empezó todo aquella mañana en que fui a verle, doctor Price...».

\* \* \*

Las manos rasgaron el sobre con lentitud, casi trabajosamente.

Los ojos se fijaron, a través de los lentes con montura de oro, en la frase siniestra del exterior: «*Para entregar a mí muerte — Paul Garland*».

—¿Qué te ocurre, querido? —preguntó Ada—. Estás pálido, como si hubieras visto a un fantasma.

—No estoy seguro de no haberle visto, Ada —dijo roncamente Cameron Price, tendiéndole el sobre—. Lee eso.

Ella lo tomó, por encima de la mesa servida para el desayuno. Cuando leyó aquello, lanzó un leve grito.

—¡Dios mío, Cam! —musitó, perdiendo el color—. Paul, muerto.

—Sí. Tenía que ocurrir, Ada. Un día u otro.

—Pero ¿tú lo sabías?

—Sí.

—Nunca me dijiste nada de...

—Era un secreto. Un secreto entre él y yo, Ada. No podía quebrantarlo. Ahora es diferente. Paul ya no existe y se puede decir...

—¿Y esa carta?

—Es, como tú decías, *su fantasma* —sonrió débilmente, sin ningún humorismo. Agitó el montón de cuartillas mecanografiadas prietamente—. Un fantasma muy voluminoso.

—¿Qué te dice ahí?

—No lo sé, Ada. Pero ha de ser algo muy importante para que se haya ocupado en ello antes de morir. Tal vez en estos papeles esté el secreto de su muerte.

—Cielos, Cam, no vas a ponerte a leer ahora todo eso. Desayuna primero, querido.

—¿Desayunar? Se me ha quitado el apetito, Ada. Será mejor que salga hacia el consultorio. Allí leeré la carta de Paul.

Ada se limitó a comentar, mirándole preocupada:

—Ten cuidado con la salud, Cam. Últimamente andas mal de los nervios. Si quieres atender a esa carta debidamente, deja de ir hoy al consultorio. Descansa un día...

—¿Crees tú que el dolor o la enfermedad de mis pacientes descansará también, si yo no voy? —Él denegó con un esbozo de sonrisa—. No, querida. Te lo he dicho muchas veces. Un médico se debe, ante todo, a sus deberes. Y éstos no admiten demoras.

La besó suavemente en los labios y se marchó.

Poco después, en su consultorio de Harley Street, y mientras aguardaba al primero de sus clientes para iniciar el diario trabajo, comenzó a leer con profunda atención:

*«Empezó todo aquella mañana en que fui a verle, doctor Price...».*

# PRIMERA PARTE

## «MBAGANA»

## CAPÍTULO PRIMERO

### EL PRINCIPIO

—Su salud es a prueba de bomba, mi querido amigo —rió jovialmente Cameron Price, terminando el examen—. Puede seguir tranquilo, sin necesidad de recurrir a mí.

—Lo suponía, doctor Price. —Paul Garland se abotonó la camisa, incorporándose de la mesa donde había sido examinado cuidadosamente—. Pero Lori es aprensiva. Ya sabe cómo son las mujeres, especialmente cuando tienen demasiado dinero. Le asustan a uno, por una simple jaqueca o un resfriado.

—Sí, lo comprendo. —El médico rió, agitando una mano en forma significativa—. Yo tengo muchos clientes de ese estilo, Garland. La mayoría prefieren que les diga que padecen algo, de nombre interesante, a poder ser, y les mande unos comprimidos, para presumir de dolencias en sus reuniones. Así es el mundo.

—Entonces, ¿mis jaquecas no tienen importancia, doctor?

—En absoluto. Eso lo ha hecho el exceso de trabajo, amigo mío. Debe procurar fatigarse menos.

—Lo procuraré. Pero en vísperas de boda, uno ha de apretar de firme si quiere dejar las cosas en orden. Al fin y al cabo, no se casa uno todos los meses.

—Sólo nos faltaba eso —suspiró Price, divertido. Extendió una receta—. A pesar de todo, puede tomar este sedante nervioso. Y nada más. El resto lo pondrá usted. ¿Cuándo se casa?

—La semana próxima. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada —rió el médico—. No voy a prohibirle la boda, no tema. Simplemente, deseo felicitarle por anticipado y esperar que sea muy feliz.

—Gracias, doctor. Con esa esperanza me caso. —Dobló la receta, y estrechó la mano al médico—. Hasta siempre.

—Buenos días, Garland. Ada me pregunta a menudo por usted.

—Sí, su hermano y ella han sido compañeros míos del Círculo Deportivo, antes de que se casaran. Salúdela en mi nombre, doctor.

—Lo haré, gracias. Se llevará una satisfacción, puede creerlo. —Ya en la puerta, volvieron a darse la mano—. Adiós y enhorabuena.

Paul Garland se alejó con una sonrisa. Price le oyó bajar la escalera del consultorio, silbando una melodía en boga. Sonrió, a su vez, volviendo al consultorio.

—El siguiente —avisó por el interfono a la antesala.

Entretanto, su paciente salía al tibio sol neblinoso que bañaba Harley Street. Se detuvo en la acera, contemplando el «Austin» rojo parado al borde de la misma. Casi lo había olvidado. Su flamante automóvil, el regalo de bodas de «papá Samuel Byers» para su querido y futuro yerno.

Garland solamente había llevado coche dos años atrás. Un vetusto y renqueante coche de tercera mano, que divertía a amigos y desconocidos. Cuando se estropeó definitivamente al chocar con un camión en el Strand, no quiso más coches.

Este de ahora era distinto. Un coche en proporción a la casita de Kensington, cuyas llaves reposaban ahora en sus bolsillos. Dos principescos regalos de Samuel Byers a su futuro hijo político.

No había querido aceptarlos. Pero la propia voluntad, frente a la de Byers, era algo así como un suave oleaje contra los arrecifes de Dover.

En cierto modo, se sentía feliz. Era poseedor de un coche, una casa, unos ahorros decentes y también una envidiable salud, según Cameron Price, su médico. Asimismo, tenía la novia más bonita de todo Londres. O al menos, se lo parecía a él. Y a muchos, porque Lori tuvo siempre muchos partidos. Solamente su caprichosa fantasía pudo hacerle escoger a Paul, el más pobre y callado de sus admiradores.

El entonces no podía sospechar lo que se avecinaba. Su futuro aparecía demasiado fácil y alegre para sentir temores. De por sí, Paul era animoso, optimista y jovial. Buen deportista, arrogante y de facciones varoniles, enérgicas y plenas de tina juvenil rudeza que gustaba a las chicas.

Subió al coche, alejándose hacia Oxford Street a buena marcha. Dejó atrás la calle de los médicos londinenses, para avanzar en dirección a Holborn.

Lori estaría esperándole para salir de excursión a la residencia de sus amigos, los Wright. Todos los fines de semana era así. Aquel sábado no iba a ser distinto. O, por lo menos, eso pensaba Paul Garland, mientras conducía el rojo «Austin» por entre el abigarrado tráfico de la mañana del sábado londinense.

Vio enseguida a Lori, en la amplia terraza del club. Su cabellera roja, encrespada y espumeante, era inconfundible. Sobre todo, rematando aquel chasis femenino que, según los elementos del sexo opuesto, era lo mejor que podía encontrarse en Londres, descontando a Diana Dors y a alguna otra bomba por el estilo.

Paul se encaminó hacia ella con su paso elástico, de atleta en plena forma. Ella lanzó una alegre risa al verle, corrió a su encuentro y le ciñó con sus brazos, tintineantes de pulseras de oro macizo.

—¡Mi querido tormento! —exclamó Lori Byers, risueñamente, estampando el «rouge» tenue de sus labios en los de Garland, que quedaron lamentables a la vista de los demás—. ¿Cómo te has retrasado tanto hoy?

—Querida, tenía cosas ineludibles que hacer. Mi visita habitual al médico, por ejemplo.

—¿Médico? —Ella rió otra vez—. No necesitas médico, Paul. Eres el hombre más sano que vi jamás. Evidentemente, trabajar para un editor y hacer deporte, conservan al hombre en su perfecto estado.

—Hacer deporte, tal vez... Pero trabajar para Odhar's Press and Editions... —Se estremeció—. ¡Brrr! No me lo nombres siquiera, en mi fin de semana, Lori.

—A propósito de fin de semana... —La bella pelirroja le había arrastrado hasta una mesa solitaria de la terraza, lejos de los bulliciosos grupos de jóvenes socios de ambos sexos que los rodeaban. Ella se sentó en el borde de la mesa, cruzando las piernas de un modo electrizante, y retuvo junto a sí a Paul, mirándole con sus grandes y rasgados ojos azules, de viva e inteligente expresión—. No vamos a reunimos con los Wright esta vez, Paul.

—¡Cielos, qué prodigio! —exclamó Garland, asombrado—. ¿A qué se debe un hecho tan milagroso?

—Eres sarcástico, Paul. Ya sé que los Wright no te son simpáticos, ni sus amigos e invitados tampoco. Pero pertenecer a la sociedad, no es siempre cómodo. Envidio a veces tu independencia, tu modo de ser, liberal e incluso rebelde a muchos convencionalismos. A papá, a mí, a toda la gente de nuestro mundo social, nos atan los convencionalismos. Y son ataduras muy molestas, te lo aseguro. Hemos de poner buena cara a muchas cosas que nos dan cien patadas, o pasaríamos por incalificables groseros.

—Sí, hay sitios en que a la sinceridad se le llama grosería —rió Paul—. Es cuestión de conceptos, Lori.

—Yo tengo uno muy parecido al tuyo, Paul, y tú lo sabes. Pero ten en cuenta que los Wright son, no sólo amigos

de muchos años, sino socios en algunos negocios importantes de papá. Hay que cumplir compromisos, ser sociable...

—Muy bien. Seamos sociables. Entonces, ¿a qué se debe que precisamente este fin de semana no volvamos a Maidenhead, a disfrutar de la encantadora presencia de los Wright y sus amigos?

—Ahórrate burlas, Paul. Esta vez hemos de atender a un compromiso ineludible, una invitación honrosa que no podemos ignorar. Espero, además, que te guste infinitamente más que la residencia de Maidenhead y su gente.

—Seguro. Aunque me lleves a las ruinas del castillo del rey Arturo.

—No hay que ir tan lejos —sonrió ella—. Ni siquiera hará falta que nos desviemos de la carretera de Maidenhead, hasta llegar a Eton. Esta vez, nuestro punto de destino es High Wycombe, también en la región del Támesis.

—¿Para todo el fin de semana?

—Espero que sí. Con estos sabios, nunca se puede asegurar nada concreto, antes de comprobarlo cuidadosamente.

—¿Sabios? —Paul enarcó las cejas—. ¿Qué sabios, Lori?

—¡Oh, es verdad! Tonta de mí... Había olvidado por completo decirte quién nos ha invitado a su vieja residencia de High Wycombe. Se trata del profesor Reinhard.

—¿Reinhard? Me suena ese nombre.

—Otto Reinhard, austríaco. Uno de los mejores investigadores de la ciencia actual en el terreno de las dolencias y plagas tropicales. Pero, aparte de eso, un hombre encantador, lleno de gracejo, vivacidad y descripciones de un color maravilloso, sobre sus viajes constantes a otros países y continentes.

—Bueno, no se puede negar que es mucho más interesante eso que la idea de un aburrido «week-end» con los Wright, a base de partidas soporíferas de «*bridge*», chismorreos y comentarios malintencionados. No entiendo nada

de ninguna ciencia, pero me divertiré mil veces más que en Maidenhead.

—Me has quitado un peso de encima —suspiró ella—. Creí que no querrías venir a ese fin de semana.

—Lo acepto encantado. ¿Ese profesor es amigo tuyo, Lori?

—Conoció a papá hace años. Al parecer, en momentos malos para el profesor Reinhard. Mi padre no vaciló en apoyarle económicamente y financió empresas que todos decían eran ruinosas. La verdad es que algunas lo fueron. En otras, Reinhard pudo resarcirle de esas pérdidas. En resumen, debe mucho a papá. Y ahora que empieza a crearse un aura de fama y de gloria profesional, no le ha olvidado. Por eso nos invita, nada más regresar del África Ecuatorial. Nos proyectará unos documentales captados por él mismo, con su cámara tomavistas, referirá anécdotas e impresiones... Es un hombre muy divertido, ya lo verás.

—En resumen, ardo en ganas de conocer a vuestro ilustre sabio. Siempre me han gustado las cosas de la jungla africana. ¿Cuándo vamos a salir para High Wycombe?

Lori Byers consultó su reloj de pulsera.

—Dentro de muy poco tiempo. El justo para pasar a recoger a papá y emprender viaje los tres hacia el Oeste. Tenemos un par de horas de viaje, a buena marcha. De modo que no podemos perder mucho tiempo.

\* \* \*

No lo perdieron. Como dijera Lori, el viaje casi llegó a las dos horas. Si no las rebasó, fue porque Paul condujo a buena marcha, a pesar del éxodo colectivo de más de medio Londres, huyendo hacia las afueras en sus fechas de descanso.

Desviándose de las márgenes del Támesis a la altura de Eton-Windsor, el «Austin» rojo en el que hacían el viaje Paul